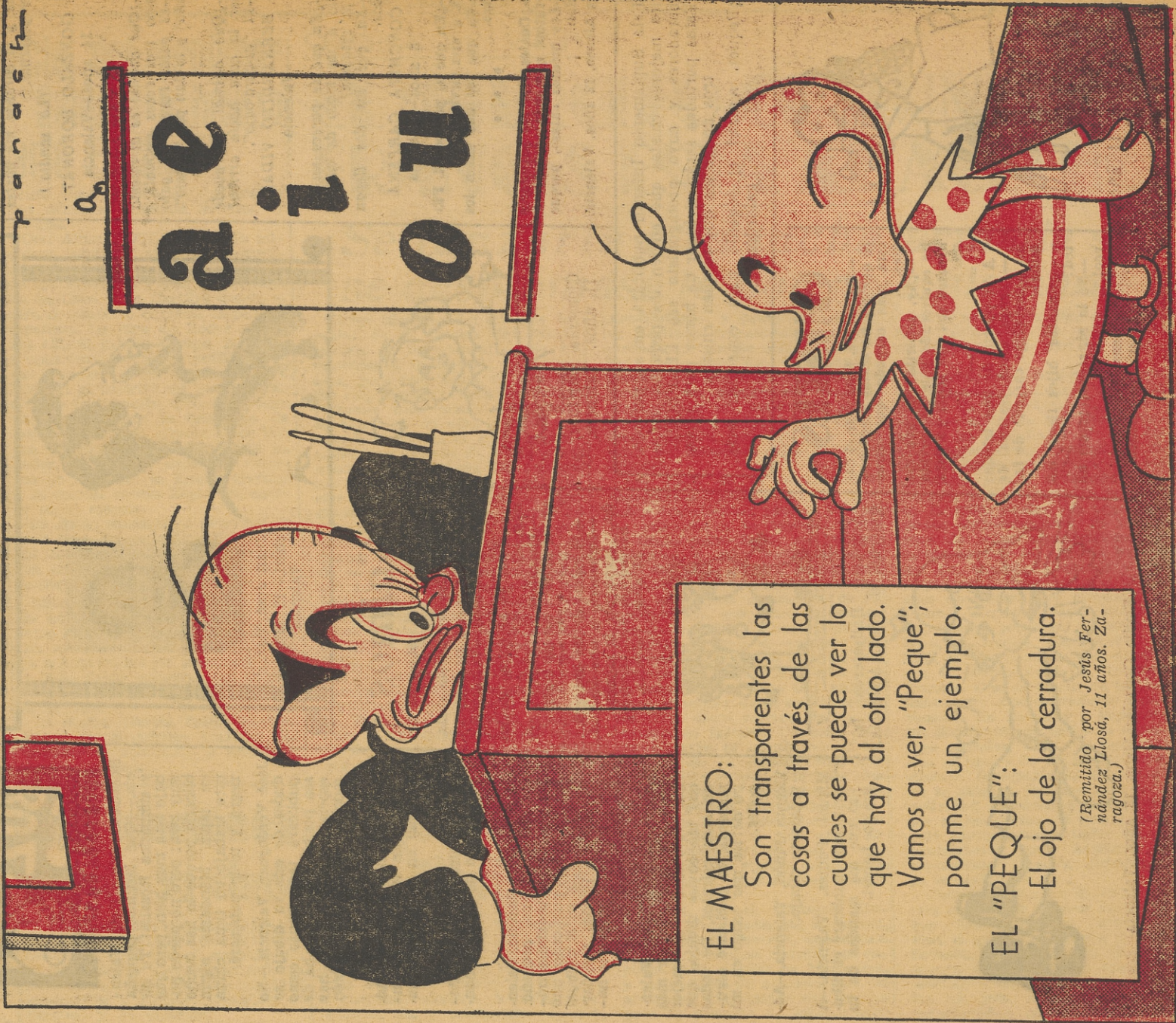
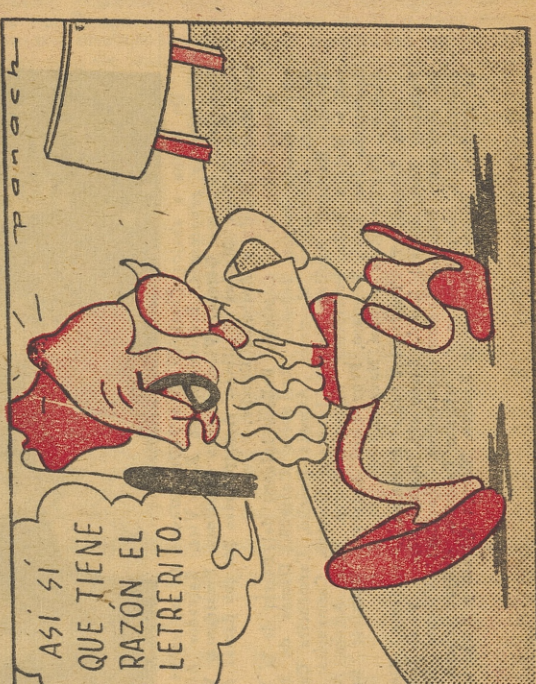
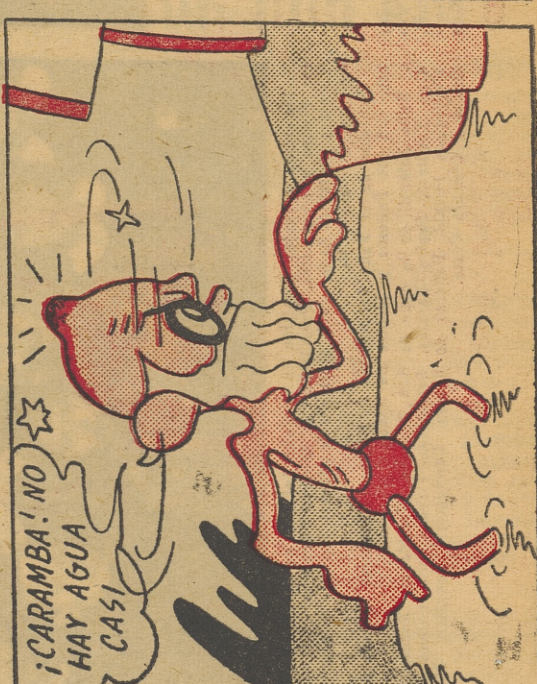
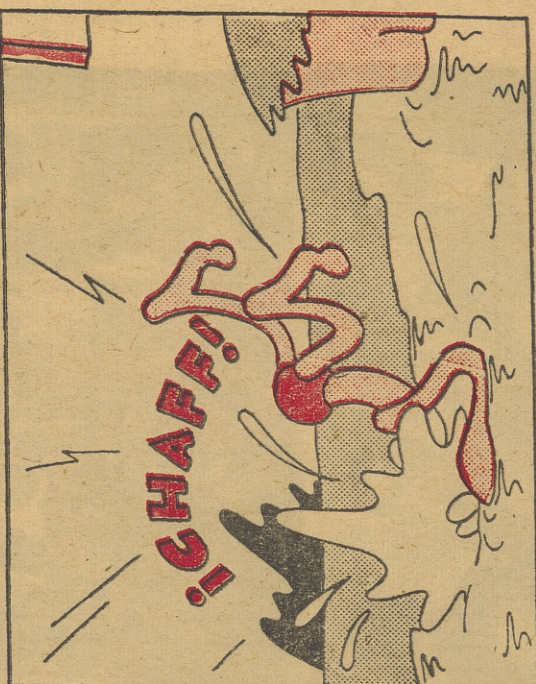
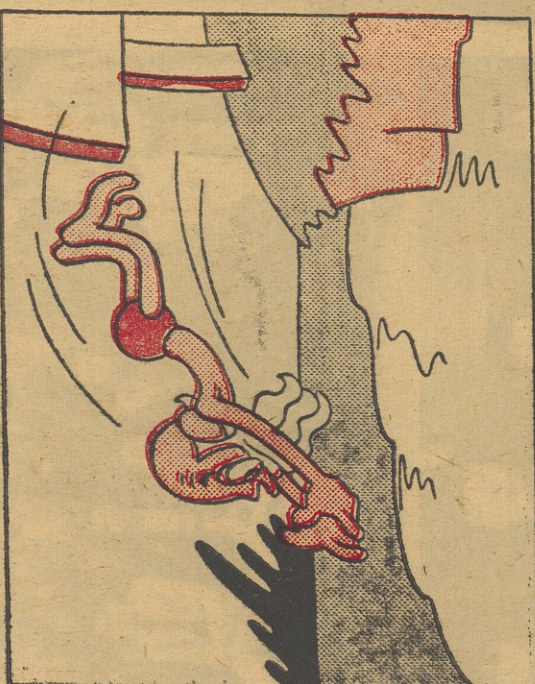
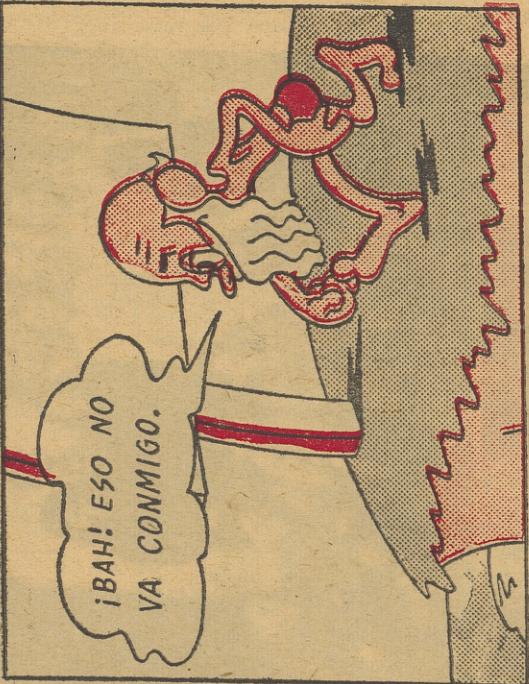
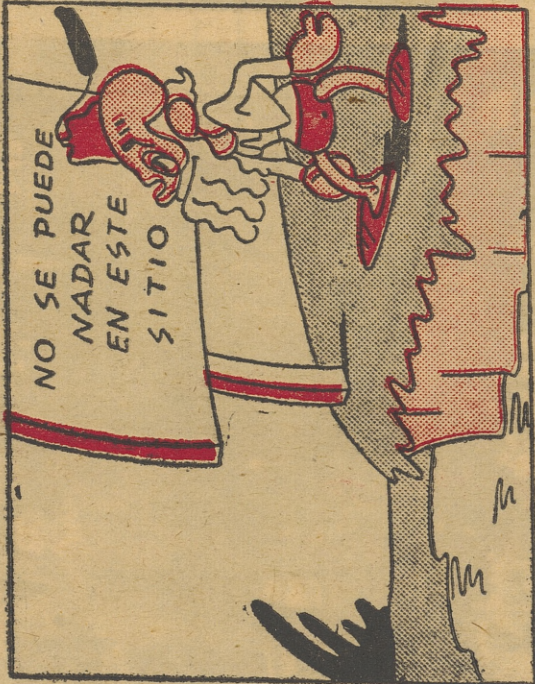






Colaboración INFANTIL

ADIVINANZAS

Verde es mi traje, roja mi carne, y el corazón me partes al empujarme.

(La sandía.)

GONZALO BORONAT
14 años.—Valencia

—¿Qué animal es el mismo tiempo tres veces animal?
—El gato. Porque el gato "ardita" y lo dan por "conejo".

—¿Qué animal no puede poner la cara hacia arriba?
—El "es-carru-bajo".

BERNARDITO VIDAL
Valencia

—¿En qué se parece un camello a un mozo de cuerda de la estación?
—En que los dos llevan bultos.

CONCHITA CARPENA
8 años.—Valencia

—¿En qué se parece El PEQUE a una sirvienta?
—En que los dos salen los jueves.

* * *
—¿Cuáles son los jugadores de fútbol que más corren?
—Los medios (caas), porque vuelan.

Luis Alonso, 12 años. Valencia.

Album de Honor



Juan José March, 13 años. Valencia

Colmos

—¿Cuál es el colmo de un zapatero?
—Hacer los zapatos sin suela.

Gonzalo Boronat
14 años.—Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un minero?
—Encontrar un filón de oro en la mina... de un lápiz.

—El colmo de los honores.
—Imponerle a uno la Banda... Municipal de música.

Salvador Sorli Gorrea,
13 años. Valencia.

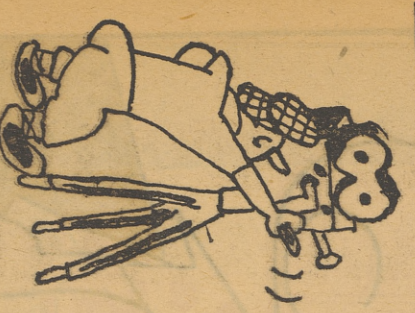
CHISTES

—Me parece, Rosa, que el café que me ha traído usted hoy está más cargado que otros días.
—¡Ay, señorita! Es que me he equivocado y le he servido a usted del que tenía yo para mí.

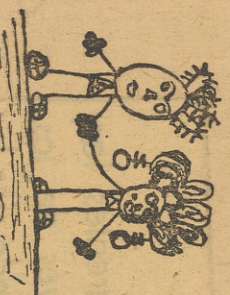
A la puerta de una iglesia:
—¡Tenga usted lástima de un pobre ciego cargado de lástima!

—¿Cuántos hijos tiene usted?
—No lo sé, señor; ¡como no veo!

Rafael Bañús, 11 años. Valencia.



Amparín Ballesteros Izquierdo, 6 años. Valencia.



Emilio González Mena, 13 años. Valencia.



Rosalia Chantero Roig, Valencia. —¿Qué lástima, pequeña y simpática Rosalia! Tu dibujo está muy bien, pero que muy bien; pero no puedo publicar porque lo has hecho en lápiz. Mandame algún otro trabajo en tinta china negra y te lo publicaré.

José Verdagué, Valencia. —No dudes de que tu dibujo se publicará tan pronto como sea posible. Claro que ha de esperar su turno, pues hay muchos esperando también que se publiquen.

Rosita Sanohis, Valencia. —Admitidos los trabajos, se publicarán en un próximo número.

Antonio Durá, Valencia. —Publicaré una de tus adivinanzas.

Rafael Bayarri Castillo, Valencia. —Enhorabuena, pequeño. En uno de los próximos números verás publicado uno de tus dibujos en el Album de Honor. Puedes mandarme más cosas, porque lo haces bastante bien.

Ricardo Quirós Royo, Valencia. —No sabes dibujar más que "fubolistas"? Es mejor que me envíes dibujos que no sean retratos. De todas maneras, te publicaré alguno de los que tengo en mi poder.

Vicente Piñón, Valencia. —Admitido tu dibujo.

Miguel Pontes, Valencia. —A su tiempo publicaré el dibujo que me mandas de tu amigo Laurel.

ALLAS INFANTILES

COMISIONES



De arriba a abajo: Comisión de la Falla Infantil de las calles Buenas Aires y adyacentes: Presidente, José Ros; Vice, Salvador Alcover; Secretario, Vicente Gómez; Vices, Emilio Martínez, Presidenta, Vicenta Ros; Belleza, Marija Martínez. Acompañadas por las damas de honor Marija Martín y Amparín Bolella.

Comisión de la Comisión Falla Infantil del Barrio de la Previsión: Falla mayor, señorita Enriqueta Castelló; Damas de honor: señoritas Carmen Martínez, Antonia Roselló, Carmencita Campos, Marija Barberá, Avoijina Esteve, Liberada Gimeno, Carmencita Roselló y Marija Bello. Presidente, Vicenta Marco; Vice, Arturo Alapuz; Secretario, José Cusi; Tesorero, Pepe Luis Esteve. Vocales: Enrique Alácer, Paquito Ruiz y José Navarro.

Falla Infantil T. Tortosinas-Julio. Antonio, Presidente; Clemente Palmero, Vice; Rafael Terol, Secretario; Rafael Ferrer, Vice; José Vázquez, Presidente; Jacinto Torrellas, Vocales; Vicente Sanchis, Joaquín Ruiz, Joaquín Rivas y Enrique Palmero. Belleza fallera, Pepi; Joaquín Ruiz, Damas; Carmencita Sanchis, Marija Quinto y Amparín Ruiz de Vendrell.



De arriba a abajo: Comisión de la Falla Infantil de la Plaza del Príncipe Alfonso y Barrios de San Vicente: Presidente, J. Gomá; Vice, Pinazo y adyacentes: Presidente, J. Mompó; Secretario, J. Gomá; Vocales: Antonio Sanz, José Martínez y Miguel Puchol. Presidente de festejos, J. Calatayud.

Comisión de la Falla Infantil de la Plaza del Príncipe Alfonso y Barrios de San Vicente: Presidente, Roberto Barba; Vice, Pinazo y adyacentes: Presidente, J. Mompó; Secretario, J. Gomá; Vocales: Antonio Sanz, José Martínez y Miguel Puchol. Presidente de festejos, J. Calatayud.

Falla Infantil de la calle de San Vicente. Presidente, Roberto Barba; Vice, Pinazo y adyacentes: Presidente, J. Mompó; Secretario, J. Gomá; Vocales: Antonio Sanz, José Martínez y Miguel Puchol. Presidente de festejos, J. Calatayud.

LA JIRAF A BLANCA

(Continuación)

—Es increíble. Si se lo contase a otros cazadores me tacharían de infundioso.

—Y, sin embargo, es verdad —dijo el doctor. Entró tanto, habían cesado las sacudidas de la fiera; ya no agitaba los miembros y apenas se oían sus estertores.

William se hallaba seguro de que estaba muerto, pero conociendo la prodigiosa vitalidad de aquellas fieras, pensó, para mayor seguridad, rematarlo.

Apuntó bajo el hombro e hizo fuego de suerte que le diera en el corazón.

El animal exhaló un largo ronquido, agitóse con un rápido estremecimiento y después quedó inmóvil.

William y el doctor se le acercaron para contemplarlo mejor y vieron los estragos causados por la doble descarga de perdigones.

Toda la parte superior del cráneo había sido perforada; las cuencas de los ojos aparecían completamente vacías, la nariz casi no existía y la piel del hocico se había desprendido en parte.

Dado aquel maravilloso golpe, uno de los más extraordinarios que pudieran conseguir un cazador, aunque, sin embargo, no dejaba de tener precedentes, los dos alemanes pensaron en volver atrás, puesto que se habían alejado demasiado del campamento.

Los dos queridos llevaron a lo menos la piel de la fiera, pero las dos avutardas pesaban bastante, y así, decidieron renunciar.

—¡Vamos! —dijo William—. Nos hemos internado demasiado en este bosque, y no sé si lograremos encontrar fácilmente el camino.

—¿No os habéis traído la brújula?

—No, doctor, y temo que esta imprudencia pueda costarnos cara.

—¿Debemos hallarnos muy lejos del campamento? —Muchas millas, de seguro. Las avutardas nos han hecho correr mucho. Descansemos un momento, y emprendremos luego la marcha.

William, como hombre previsor, llevaba siempre consigo algo en qué hincar el diente.

Se sacó del morral dos galletas y un poco de jamón que compartió con el doctor y pronto el joven y el viejo se pusieron a comer con un apetito de lobos. Echaron luego un litro de aguardiente, mezclado con café, y se dispusieron a volver atrás.

William se orientó lo mejor que pudo, se echó al hombro la carabina, bien cargada, ató bien una de las avutardas en el morral y se puso en camino precediendo al doctor.

Viendo un sendero que serpenteaba a través de la floresta, lo siguieron, creyendo les condujese a la pradera, pero al cabo de dos horas notaron que no habían hecho sino internarse en el bosque.

Lo peor era que el suelo aparecía cada vez más áspero, todo cubierto de plantas, por lo cual los dos cazadores, cargados con las avutardas, que eran muy pesadas, avanzaban con gran dificultad.

Cuando llegó la noche, el doctor y William no se podían tener y se hallaban tal vez más lejos del campamento que por la mañana.

—Defengámonos aquí y pernoctemos cerca de este baobab —dijo William—. Mañana nos podremos orientar mejor.

—Nuestros negros estarán muy inquietos —dijo el doctor. Pasado las noches fuera del campamento. Creerán que estamos en la pista de la jirafa blanca.

—¿Nos dejarán tranquilos las fieras?

—Encendamos hogueras y veremos.

Mientras el doctor se dedicaba a desplumar una de las avutardas, William fué a recoger muchas ramas secas, y con algunas piedras que encontró en un bache del suelo, formó una especie de fogón.

Encendido el fuego, fué a llenar su frasco en un arroyuelo, y después puso a asar la avutarda, enristrándola en la baqueta de su carabina.

Terminada la cena, se quitaron las espuelas y se echaron cerca del baobab, no lejos del fuego.

Pronto les rindió el cansancio, entrámbos, y olvidándose de las fieras, que tal vez no se hallaban muy lejos, se durmieron.

Dos horas había que descansaban los alemanes, cuando interrumpieron su sueño unos rugidos terribles.

—¿Leones tenemos? —preguntó el doctor, incorporándose bruscamente.

William se había despertado también, y echado boca abajo, trataba de descubrir al feroz animal, escondido aún en las tinieblas.

Los rugidos se acercaban cada vez más cuando de pronto brillaron en la oscuridad dos ojos flameantes, a treinta pasos del vivaque.

A los reflejos de la hoguera, que no se había apagado aún, William vió un león de grandes proporciones, con la melena negra.

La fiera miró por algunos instantes a los dos hombres, como para elegir la víctima que mejor le convenía y se preparaba a saltar.

Estaba ya para caerles encima a los dos cazadores, cuando se vió aparecer una sombra humana por la parte opuesta.

El león, sorprendido con aquella aparición se había vuelto. Agacharse y dar un salto en aquella dirección fué obra de un momento.

Los alemanes oyeron un grito, y después ruido de huesos despedazados.

—¡Fuego! —gritó William.

Descargaron precipitadamente sus armas y en seguida se lanzaron a través de los matorrales para alejarse.

El león que no debió quedar herido gravemente, se les echó encima de otro salto, pero debió calcular mal la distancia, pues sólo consiguió derribarles al suelo uno sobre otro.

Cuando William se levantó, la fiera había vuelto hacia su víctima, rugiendo ferozmente.

—¡Imposible me parece hallarme vivo! —dijo— Doctor, ¿estás herido?

—No, amigo —balbuceó el sabio—. ¿Qué ha pasado?

—Parece que el león ha derribado a un hombre y lo está devorando.

—¿Quién será?

—¡Oh! ¡Dios lo sabe!

—¿No será alguno de nuestros negros?

—Conozco demasiado bien la voz de nuestros hombres para engañarme. Ese pobre hombre ha lanzado un aullido de verdadero salvaje.

—¿Habrá muerto?

—De seguro. El león debe haberle estrellado el cráneo.

—¿Qué podía hacer este negro, solitario, en esta selva?

—Se habrá extraviado, como nosotros.

—¿Y vamos a dejarle devorar por el león?

—¿Qué le vamos a hacer? Ya está muerto, y haremos bien en permanecer aquí escondidos. Con esta obscuridad no se puede mirar bien. Si al rayar el alba el león está todavía allí, tendrá que habérselas conmigo; por ahora no nos movamos.

Escondidos en medio de los céspedes, los dos alemanes se vieron obligados a asistir impasibles a la matanza de la víctima. Oían al león rugir y romper los huesos del desgraciado.

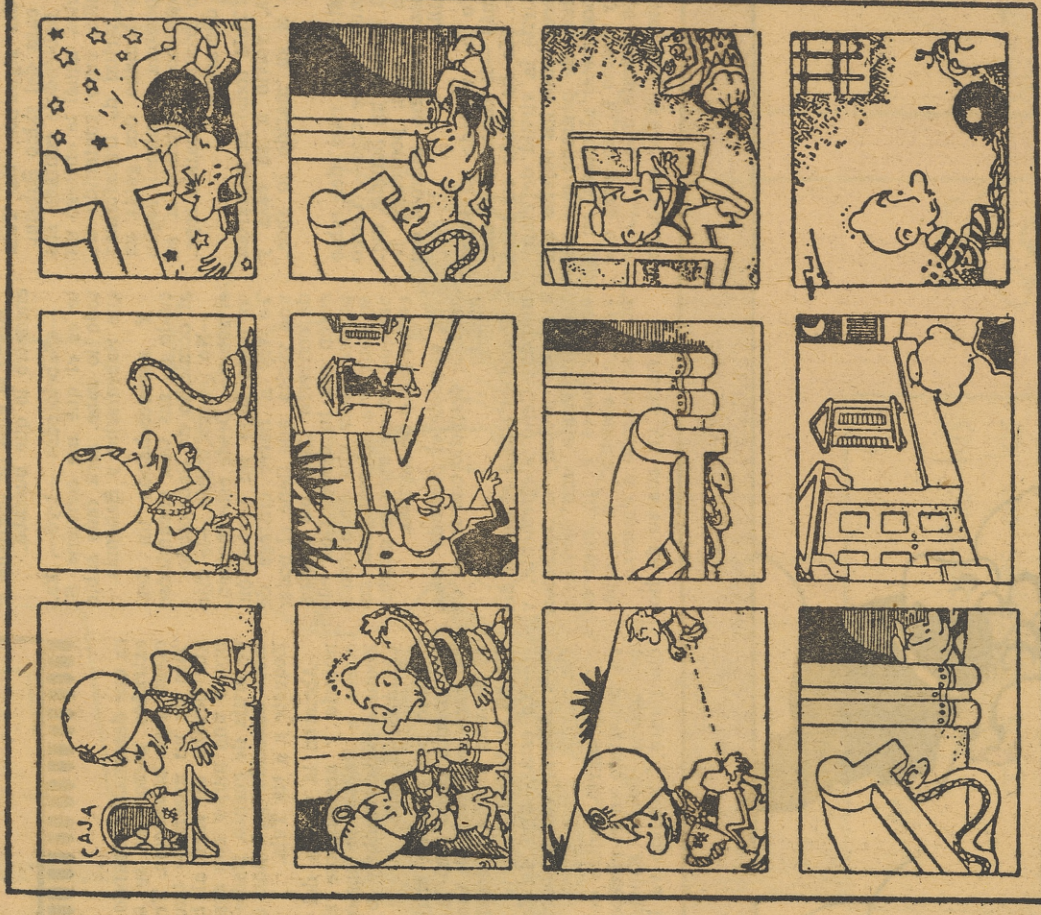
Media hora después, vieron al animal saltar a través de los matorrales y desaparecer. Había abandonado las piernas y la mitad del tronco de la víctima.

William y el doctor, viéndole alejarse, se levantaron para ir a reconocer el cadáver, pero apenas salidos de los jarales, vieron avanzar gran número de alimañas, que aspiraban a los restos de la mesa del león.

(Continuación)

CONCURSO Infantil de JORNADA

7.º



En el cajón de una de las mesas de nuestra Redacción, hemos encontrado doce dibujos, que como corresponden a una misma historieta, publicamos junto a estas líneas, para vuestro solaz y esparcimiento. Pero como no tenían la numeración para indicarnos el orden que debían seguir, queremos que vosotros, simpáticos amigos nuestros, nos ayudéis a ponerla en orden. Este es nuestro 7.º Concurso Infantil.

Las bases para tomar parte en el mismo, son las siguientes:

Primera.—Habéis de enviar a esta Redacción la historieta que adjunto publicamos, ordenada según vuestro criterio y pegada sobre una cuartilla. Para ayudaros en vuestra tarea, os diremos que el primer dibujo y el último, están bien colocados, según se publican.

Segunda.—Llenad el boletín y remitido, juntamente con la solución, a la Redacción de JORNADA, Pintor Sorolla, 10, Valencia, haciendo constar en el sobre, con letra clara: «Para el 7.º Concurso Infantil».

Tercera.—El plazo de admisión de soluciones quedará cerrado el jueves, día 18 de los corrientes, a las doce de la mañana.

Cuarta.—Se otorgará el premio a quien remita la solución exacta, o medianamente si fueran más concursantes acertados, que los premios establecidos.

Quinta.—Oportunamente daremos a la publicidad los premios de este Concurso.

En nuestro número correspondiente al jueves 25 del actual, publicaremos la solución, así como la lista de los pequeños que hayan enviado la solución exacta.

BOLETIN

EL PEQUE

7.º Concurso Infantil

Nombre: _____
 Edad: _____ años. Domicilio: _____
 Población: _____

(Firma del concursante.)

EL TALISMÁN DE SABEL OTODO

Quando Polito se quedó sin papás, tío Zoquete y tía Tula, que eran malos como el que más, se frotaron las manos y pensaron:

—Vámonos a ser ricos. Dentro de poco vamos a contar los billetes de cinco en cinco.

Y vivían con esta esperanza, fingiendo a Polito un cariño que no sentían, porque todo su amor era para la plata y el oro.

Un día que Polito había dejado un momento la cama para aplacar la sed, llamó su atención un leve murmullo de voces, y dejándose llevar por su apagado eco, llegó al comedor, donde tío Zoquete y tía Tula discutían acaloradamente.

—Tienes sermón en la mollera —le decía ella— Sabes que el chico nos molesta y no eres capaz de tomar una determinación para librarte de él.

—¿Qué quieres que haga? —contestaba él—. No me parece fácil hacerle desaparecer sin que nadie se entere.

—Eso son tonterías... ¡Cuando se quiere!...

Polito no quiso escuchar más. Ya sabía a qué atenerse y en vista de la falsedad de

sus tios, era preciso ponerse en guardia para guardarse de sus asechanzas.

* * *

Al día siguiente, tía Tula

fue a casa del sabio Sabemuchito y habiéndole contado sus proyectos aquél le entregó un frasquito, cuyo contenido tenía la virtud de transformar al que tomaba dos gotas, en otra persona o animal, según su capricho, volviendo a su estado primitivo cuando repetía la operación.

Tía Tula tomó la milagrosa botella, volvió a su casa y contó a su marido lo sucedido.

—Estuve en casa del sabio Sabemuchito —le dijo—. Tengo en mi bolsillo un líquido, mediante el cual, podremos librarnos mañana mismo del chiquillo.

—Yo he visitado al sabio Sabemuchito —le contestó el marido—. Me ha dado su saco, que tiene la virtud de empapar y queñecer todos los objetos que le echas. He pensado que podríamos meter al chaval en el saco y tirarlo al río, para que no nos moleste más.

Polito, que estaba escuchan-

do, se rasó la cabeza y se dijo:

—¡Qué malos son mis tios! Si yo encontrase a otro sabio que me ayudase.

Hojé la guía de teléfonos y encontró lo que buscaba.

—«Sabelotodo» —leyó—. Este es el que me conviene. Si todo lo sabe, será más sabio que Sabemuchito y Sabemuchito.

Y aprovechando un descuido de sus tios, encaminóse al domicilio de Sabelotodo.

—No tengas miedo —le dijo el sabio—. Desde este momento estas bajo mi protección. Te voy a hacer entrega de una varita, que tiene el poder de convertir todos los objetos según sea tu deseo. Con ella puedes hacer que un autobús se convierta en mariposa, como que un elefante se cambie en un plato de natillas.

Y dándole el preciado talismán, le despidió con frases de aliento.

Polito se sintió el dueño del mundo. Cenó alegremente, y tras de probar su talismán transformando una servilleta en picaftos y un vaso de agua en chocolate, a la española, se marchó a dormir.

No hacía un cuarto de ho-

Cuento con ilustración animada

ban un buen trecho recorrido, sacó su varita y dijo:

—Deseo que la tela de este saco se convierta en papel fino y transparente, a fin de poder agujerearlo sin esfuerzo alguno.

La varita hizo lo que se le había pedido y Polito saltó fuera del saco, recuperando su estatua normal tan pronto como dejó de tocar en él.

—¡Ja, ja! —rió el chiquillo, llamando la atención de sus tios.

Una ducha fría les hubiera impresionado menos que ver a su sobrino gozando de libertad.

—El saco ha fallado —dijo tía Tula— pero no ocurrirá lo mismo con mi elixir.

Y como Polito se alejaba riéndose y ella era incapaz de alcanzarle, dijo en voz alta, engullendo dos gotas del líquido:

—Quiero convertirme en buitre.

Un instante después desapareció la vieja bruja y en su lugar quedaba un horrible palmarco. Pero Polito no se inmutó y viendo un zueco abandonado en la calle, le tocó

có con su estúpida varita, mientras decía:

—Quiero que se transforme en una aeronave y que sea más veloz que tía Tula.

En medio segundo se engulló el zueco, a tiempo que Polito se ponía en el volante y roicaba el motor a todo gas.

La malvada tía Tula, convertida en buitre, llegaba casi a alcanzarle, cuando el zueco puso en movimiento.

—¡Maldición! —exclamó la vieja al ver que la presa se escapaba. Inútilmente intentaba dar alcance a su sobrino y así volaron a gran altura y a una velocidad de vértigo.

De pronto, Polito tuvo una idea: descender al mar y continuar la excursión navegando. Y así lo hizo. Segundos después, la improvisada nave

resbalaba por el líquido y sustentaba la velocidad de una lancha motora.

Tía Tula, creyó morir de rabia. Estaba rendida de tanto volar y tragándose dos gotas del líquido del sabio Sabelotodo, dijo:

—Quiero convertirme en pez. Se zambulló en el mar y ya transformada en tiburón, persiguió a su sobrino rabiosamente.

Pero las dos gotas que acababa de consumir, eran las últimas de la botella y estaba condenada a vivir, para siempre, en el mar.

En cuanto a tío Zoquete, sin haber podido cazar nuevamente el líquido del milagro, tenía que quedar en trapezo para toda su vida.

FIN

INSTRUCCIONES

Péguese en cartón las cinco piezas y recórtense cuidadosamente. Únase con un alfiler los dos puntos marcados con la letra A. Hagase lo mismo con los marcados con la B, después de pasar el alfiler por la ranura abierta en el cuerpo del buitre. Únase también los puntos C, los D y los E, y procurese remachar bien los alfileres, para evitar que se entorpezca el movimiento.

Luego, no hay más que accionar a derecha e izquierda el saliente que resulta una vez montada la ilustración, y el zueco surcará el mar, mientras el buitre pretira las alas y sacará el cuello, pretendiendo, inútilmente, dar alcance al pequeño Polito.

